

# Hasta el final, cielo

Laia Serra Valls  
Barcelona

En 2009 se dejó de publicar El Cèntim, suplemento de economía doméstica de los domingos en el Avui. El primer periódico catalán de la democracia, deficitario desde siempre, entró de lleno en proceso de venta. La externalización dejó de ser rentable para la nueva empresa, se rompió el contrato con el grupo editorial que estaba a cargo de la producción del suplemento, y mi equipo y yo nos quedamos sin poder seguir haciéndolo.

Las infografías del diseñador eran muy buenas, y yo editaba reportajes trabajados por más de veinte periodistas. Nuestro objetivo era dar sentido práctico a lo que se llama “economía”. Buscar temas, hacer reportajes de interés sobre el tema para las personas de a pie; para que el mayor espectro de gente posible se acercara a aquellas páginas huesudas y se hiciera más consciente de que macro y microeconomía están ligadas; de que la “economía” está en sus manos.

Se quedaron por hacer muchos reportajes.

Cuando la información económica empezó a ser de interés, necesidad y deseo para la gente, en el momento en que la incertidumbre sobre lo que acontecía en las finanzas mundiales acaparaba conversaciones en calles, bares, tiendas y familias, justamente yo me quedé sin poder investigar ni informar a quien, hasta entonces, nos leía, ni a los que nos hubieran empezado a leer si el suplemento hubiera seguido en los quioscos. Menuda visión comercial.

Después de meses y meses de escribir notas corporativas para el tal grupo editorial, en un tedio insufrible, me quedé sin trabajo. Negocié mi despido, eso sí; me asesoré en el sindicato y llegó a mis manos el “arte de negociar”. Busqué toda la información sobre trámites, derechos y deberes que, ciertamente, a menudo sólo conocemos cuando ya ha pasado el plazo... Aprendí a autorizarme

a pedir y saber hasta dónde puedo dar y dónde no quiero ceder, autoconciencia para la vida cotidiana! Y algo esencial que no está muy de moda en las relaciones internacionales: que ambas partes deben ganar algo, nunca debe ser sólo una parte la que se quede con todo; si alguien pierde demasiado, la negociación es un fracaso.

En marzo de 2010 me quedé en paro. Se mezclaban mi deseo de salir de esa oficina donde el trabajo estaba agotado y la crisis que sobrevolaba nuestras cabezas.

Empezó el aluvión de informaciones sobre fallidas empresas de crédito en Estados Unidos, hipotecas basura; la subida del Euribor y los impagos; los fondos tóxicos. ¿Alguien sabía realmente de qué hablaban los medios?

El goteo de crisis se hizo notar, golpeando poco a poco los cimientos que creíamos que nos sostenían, anegando lentamente las vidas de cada vez más personas. Amigas y amigos de círculos cercanos, personas conocidas y conocidas de conocidas iban perdiendo trabajos, sueldo, protección... Y el “más difícil todavía” parece que no acaba nunca para la gente más humilde.

La crisis es global, económica y financiera; es ecológica, energética y es de cuidado, de valores, de relaciones; es internacional, planetaria. Pero en realidad es el capitalismo. Estoy de acuerdo con las feministas de Barcelona que titularon un eje de su escuela de verano: Esto no es una crisis, se llama capitalismo heteropatriarcal y también es racista. La crisis global es un síntoma de la avaricia y la acumulación sobre las que se ha asentado el sistema. El crecimiento ilimitado —falso e imposible, por otro lado— fue desde siempre la simiente de su propia degradación. El cambio de paradigma es inevitable.

El mercado como centro de nuestras vidas falló para casi toda la gente, que cada día está perdiendo empleo, poder adquisitivo, vivienda, salud, educación, confianza, tiempo... Pero catapultó a la minoría privilegiada todavía más allá en su edén de dinero y poder.



Formo parte de un colectivo fantasma. Soy joven, pero ya no soy joven. Sólo soy una mujer más que va a engrosar el paro y una periodista más que trabaja en negro. Perdón, en “economía paralela”.

Lloré de rabia e impotencia varias veces en los últimos tiempos. En alguna ocasión, también de miedo real a morirme y quedarme sin blanca para siempre. Así, contradictoriamente, mientras estaba en cama con treinta y ocho grados centígrados de fiebre y sin trabajo ni dinero, sin fuerza.

Me recuperé. Aunque el dolor siguió.

Tuve seis preciosos meses de contrato en una entidad del movimiento social de la discapacidad física; un empleo con las mejores condiciones que jamás he tenido, aunque la fecha de finalización estaba más que segura, aunque fuera el peor momento para el sector social. Lloré el día que, después de semanas de tensión, se supo que se recortaría cincuenta y seis por ciento de presupuesto estatal para inserción laboral. Una losa cayó sobre las personas con discapacidad, con dificultades inimaginables para vivir y que volvían a ver oscurecerse sus posibilidades de ser autónomas y trabajar dignamente. Y sobre sus familias, que tendrían que reconcentrarse nuevamente en su cuidado, sin más apoyo que el de su voluntad y su esfuerzo, y sin más recursos que los de su bolsillo en crisis —ésta sí, real—. Otra vez tantas personas solas ante la cruda y flagrante realidad de ser diferentes en una sociedad insolidaria, enquistada, llena de barreras.

Lloré por el despliegue policial que, el mismo día, en las manifestaciones de estudiantes, en lugar de recortarse, se reforzó y endureció. Vi con lágrimas en los ojos y un nudo grande en el corazón cómo la juventud, desordenada, expansiva y enérgica, era maltratada por escarabajos gorila sin conciencia de clase ni de ningún tipo.

Últimamente se condena sólo cierto tipo de violencia. Y hay mucha que queda impune.

Y, a pesar de todo, lloré también varias veces de alegría al sentir el palpito de la gente a mi alrededor en la calle, gritando, cantando, caminando en silencio, manifestándose... La calle, el espacio que en democracia debería haberse llenado de las voces del pueblo, y que se ha saturado, al final, de CO<sub>2</sub>, consumo y control.



Para el mantenimiento de lo que se había llamado “la economía de mercado”, se han tomado medidas que, además de absurdas, son pésimas soluciones con macabras consecuencias.

La economía de la vida, en cambio, la que aprendí por causalidad y con esperanza, custodiada por mujeres, está demostrando ya, y desde hace mucho tiempo, que sí que vale, y sirve, y es mejor. No necesita rescates, porque es sostenible y cuida de que todo encaje. Es la economía que abarca todo nuestro ser: cómo nos alimentamos, cómo dormimos, cómo viajamos... Hasta cómo soñamos.

Con tristeza y enervación veo cada día cómo los gestores no lo saben ni lo quieren saber. Qué pena que reduzcan algo tan inmenso como los recursos que tenemos al dinero; o la riqueza de un país al PIB... ¿Por qué nadie sigue a Bután, que mide su riqueza sostenible con el índice de Felicidad Interna Bruta —Gross National Happiness—? Cuánto trabajo humano desprecian, al valorar sólo lo que hacemos en el marco de un contrato laboral... Qué terrorífico culpar del gasto público a la ciudadanía.



Mi inmersión en el periodismo económico fue lo mejor que me habría podido suceder: tuve un buen trabajo precario y aprendí a desmenuzar la realidad con los ojos puestos en la distribución

de la riqueza. La economía, hermética e inaccesible siempre, se volvió, desde la perspectiva feminista, doméstica y práctica, un campo generoso de actuación. Había entrado en contacto con la otra cara de la economía, y luego la había cuestionado, manoseado, escrito y editado. Ya era una infiltrada.

Desvelaríamos, de una vez por todas, la realidad paralela. Sin miedo, o más allá del miedo, sin paternalismos. "A lo peor nos quedamos como estamos; lo más probable es que consigamos algún cambio." Unos pocos, con el dinero de todos, se endeudaron por pura avaricia, y luego nos hicieron pagar a todos sus excesos. Esto es juego sucio. Es injusto y debería ser ilegal. Más ilegal que las personas ilegales, mucho más castigado que deberle al banco un dinero que no es suyo. Debería ser mucho más punible que vender sexo en la vía pública.

Ya nos daba igual; en realidad, aquella ley ya no era nuestra. Fuimos muchas las que dejamos de acatarla y de rendirle cuentas. Respondimos a su obsolescencia programada dando por acabada la vida útil de leyes como la de la oferta y la demanda, o de tratados de libre comercio, o de derechos de explotación. Y, por fin, lo que antes crecía sin medida y que se había dado de bruces contra la rigidez de los mercados llamados "libres", ahora empezaba a moldear sus curvas de aceleración y decrecía a medida terrícola.

Lo conseguimos con la fuerza de las palabras certeras y valientes y la precisión de las tecnologías sociales; las redes sostendrían nuestro bienestar y nuestras manos podrían sostener lo que producíamos. Ni más ni menos.



El fin del mundo era esto. Esta crisis. Nos vendieron el fin del mundo con merchandising y espectáculo. Y era esto, eran estas acumulaciones de porquería: plástico, residuos contaminantes, programas basura, prensa rosa, fondos tóxicos, asfixia publicitaria.

Dejamos de comprarlo. Sabíamos, y sabemos, que es cuestión de perseverancia. Y los generadores de este stock putrefacto se perderán. Algún día.

La Tierra ya no se traga la tiranía del mercado, su ley y su razón. Escupe con fuerza lo que no quiere, y esto es lo que nos empezamos a decir y a creer unas a otros. El tiempo también se dio cuenta de que no podía correr tanto, de que debía pararse a escuchar. Y así la música, las palabras, las verdades, las personas, irán consiguiendo tener tiempo y espacio.

Se acerca el fin de la carrera contrarreloj; el fin de quienes sacan provecho de las contrarrelojes. La Tierra es nuestra, o de nadie, y el cielo también.